

## Al otro lado del Muro. ¿Una nueva historia de la RDA? Un ensayo bibliográfico sobre Katja Hoyer: *Diesseits der Mauer. Eine neue Geschichte der DDR 1949-1990*. [A este lado del Muro. Una nueva historia de la RDA 1949-1990], traducido del inglés por Henning Dedekind y Franka Reinhart, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 2023, 576 pp.

Jens Gieseke<sup>1</sup>

Centro Leibniz de Historia Contemporánea de Potsdam (ZZF)  

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.93503>

**Nota del equipo editorial:** Jens Gieseke, historiador en el Centro de Investigación de Historia Contemporánea de Potsdam (Leibniz-Zentrum für Zeithistorische Forschung, ZZF), ofrece a través del siguiente ensayo bibliográfico sobre el libro de Katja Hoyer un resumen del debate actual sobre el lugar de la RDA en la memoria alemana. Una primera versión del texto fue publicada en alemán el 4 de septiembre de 2023 en HSOZKULT, una reconocida plataforma para el debate e intercambio académico. Debido a su relevancia, Cuadernos de Historia Contemporánea presenta a continuación su traducción con algunas modificaciones menores.

La “Nueva historia de la RDA” de la historiadora Katja Hoyer, Research Fellow en el King’s College London, ha causado sensación en las semanas posteriores a su publicación. Publicada inicialmente en inglés, la edición alemana escaló rápidamente las listas de los libros más vendidos en Alemania. Destaca el estilo ameno de los retratos intercalados de figuras prominentes, desde Wolfgang Leonhard, uno de los primeros líderes de la RDA, al último jefe de Estado, Egon Krenz, así como de una serie de personajes menos conocidos presentados como ciudadano medio de la RDA. Hoyer causó sensación al pretender remediar una omisión de gran alcance en los relatos de la historia de la RDA publicados hasta la fecha:

Quando la República Democrática Alemana desapareció literalmente de la noche a la mañana el 3 de octubre de 1990, perdió el derecho a escribir su propia historia. En su lugar, se convirtió en historia. Y la historia la escriben los vencedores, incluida la de la RDA.” (p. 20)

Este comienzo resulta irritante en dos sentidos: ¿“La RDA” ha perdido el derecho a escribir su “propia historia”? Al principio, no está del todo claro a quién o a qué se refiere Hoyer: ¿al Estado que escribe la historia y a la dirección de su partido? ¿A los (ex)historiadores de la RDA?

<sup>1</sup> Nota bibliográfica publicada en: <https://www.hsozkult.de/publicationreview/id/reb-135972>, el 31.08.2023.

¿La parte de la población de la RDA que – en aquel momento o retrospectivamente – disfrutaba viviendo allí? ¿Y quiénes son los “ganadores” de la escritura de la historia tras el final de la RDA: la República Federal con sus comisiones de investigación y conmemoraciones, los historiadores que la han investigado, los antiguos miembros de la oposición, los nacidos después, que tuvieron la suerte de no crecer bajo la dictadura? Hoyer lo deja en el aire, pero afirma para sí: “El resultado es una nueva historia de la RDA que muestra todas las facetas de este país desaparecido, desde la gran política hasta la vida cotidiana” (p. 22).

En primer lugar, Hoyer ofrece una historia política clásica, que le sirve sobre todo para explicar el curso seguido desde el final de la guerra hasta la construcción del Muro. Se abordan algunas de las estructuras de la dictadura del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), sobre todo la expansión de la policía secreta y algunas de sus prácticas de persecución. Destinos como el de Peter Fechter, que murió desangrado en la franja del Muro de Berlín en 1962, no se ignoran, sino que se describen con detalle. No obstante, los lectores familiarizados con los hechos y sus investigaciones tropezarán repetidamente con pasajes que sugieren sólo un examen superficial de los conocimientos existentes.

En la prensa alemana ya se han señalado errores curiosos, sobre todo en la primera mitad del libro (especialmente Kuschel, 2023: 38 y ss.); no se repetirán aquí, pero se añadirán algunos: Atribuir una barba al siempre bien afeitado oficial del SMAD Sergei Tyulpanov puede seguir pasándose por alto como una trivialidad insignificante (p. 102); en cambio, si este era realmente un “actor independiente” de la potencia ocupante es una cuestión más sustancial. A la “televisión estatal de la RDA”, que al principio sólo llegaba a unos cientos de espectadores con su programa diario de dos horas, se le atribuye un papel relevante en el levantamiento popular del 17 de junio de 1953 (p. 177). Hoyer traslada el cambio de nombre del bulevar llamado Stalinallee de Berlín Este (incluido el desmantelamiento del monumento al dictador soviético) y de la ciudad de nueva planta denominada Stalinstadt a Eisenhüttenstadt del 13 de noviembre de 1961 a 1956 (p. 198); También afirma erróneamente que el nuevo topónimo “Eisenhüttenstadt” al que cambiaba no era sino el original de la población (cuando, de hecho, había sido “Karl-Marx-Stadt” el nombre que se barajó brevemente en 1952/53 para el nuevo distrito residencial de Fürstenberg/Oder que se estaba construyendo junto a la acería).

Tales conceptos erróneos son tan relevantes para el núcleo de su análisis histórico de la vida cotidiana que conducen a conclusiones cuestionables. Por ejemplo, Hoyer afirma que en la década de 1960, que tanto los ciudadanos de la RFA como los de la RDA tenían “por ley” el mismo derecho a 18 días de vacaciones anuales cada uno. Ulbricht había permitido así a las “amplias masas [...] disfrutar de unas vacaciones sin preocupaciones” (p. 249). De hecho, en la RDA había 12 días laborables de vacaciones básicas desde 1961, y 15 días laborables desde 1967. Los 18 días no entraron en vigor hasta 1975 (Wolter, 2009: 75). En la carrera por el sistema sociopolítico, que los trabajadores de la RDA seguían de cerca, la RDA siempre estuvo muy por detrás de la RFA en cuanto a jornada laboral y vacaciones. En los años 60, nunca estuvo por debajo de tres días, y después la diferencia aumentó aún más porque los sindicatos occidentales negociaron mejoras considerables más allá de las normas mínimas legales. Los sindicatos de la RDA sólo podían soñar con una soberanía de negociación colectiva semejante.

Las controversias intensamente investigadas, como las relativas a los objetivos y estrategias de la política soviética hacia Alemania, son tratadas por Hoyer con breves comentarios sobre su interpretación “correcta” (que a su vez sigue a Wilfried Loth sin considerar los contraargumentos). Otros hechos, en cambio, se presentan como “muy controvertidos” (p. 179), aunque se consideren aclarados por los expertos implicados, como el número de 55 muertos durante el levantamiento de junio de 1953 y su represión (Ahrberg *et al.*, 2004). En esos puntos, surge la impresión de que su apodíctico prelude sobre la historiografía de los vencedores también está relacionado con el hecho de que no haya hecho de los resúmenes del estado de la cuestión – como el volumen sobre la RDA del Manual Gebhardt de historia alemana de Michael F. Scholz (2009) – la base de su presentación. A menudo sólo se habla sin compromiso de “muchos historiadores” que adoptarían tal o cual postura.

Una preocupación importante de Hoyer en los pasajes de historia política es mostrar a los principales funcionarios comunistas desde su lado humano. Este punto de vista sería totalmente compatible con una línea de investigación que entiende los círculos dirigentes de los partidos comunistas como redes de clientelismo y no sólo como máscaras del gobierno del aparato. Sin embargo, el objetivo de la autora es empatizar con Stalin, Ulbricht y Honecker desde una especie de perspectiva casera. Hoyer hace un amplio uso de las memorias de los miembros del Politburó, así como de camareros, médicos personales y guardias. No es casualidad que las memorias y las biografías constituyan la mayor parte de su bibliografía. Va más allá de lo tolerable cuando comparte con sus lectores el supuesto “pánico” de Stalin a la política alemana en 1952 o el agotamiento de Ulbricht tras la tremenda crisis de junio de 1953, de la que se recuperó en un sanatorio cerca de Moscú. También hay lugar para sus “cuentos para dormir” de “padre cariñoso” con su hija adoptiva Beate, aunque – como escribe Hoyer – trabajaba “demasiado” para ocuparse realmente de ella (pp. 182-183).

El núcleo real del libro, sin embargo, está formado por varias docenas de breves retratos de individuos, cada uno de los cuales constituye el punto de partida de la narrativa general de Hoyer: a saber, que en la sociedad de la RDA existía una amplia mayoría relativamente homogénea, relativamente desideologizada y apolítica, así como relativamente satisfecha.

Para sus retratos, la autora se basa en entrevistas realizadas por ella misma, en vídeos de testigos contemporáneos publicados y en volúmenes de memorias de editoriales especializadas en publicaciones de “Ostalgie” (“Nostalgia por la RDA”) en los que antiguos funcionarios reviven la “República de los Trabajadores” (como el título que utiliza Republik 2020). En estas secciones, Hoyer actúa como una narradora empática, pero no se aprecian consideraciones metodológicas implícitas o explícitas, más allá de la breve declaración de intenciones en el prólogo de que quería que “una multitud de voces de Alemania del Este tuvieran la palabra” (p. 22). Hay algo que decir al respecto: las voces de Alemania Oriental (hasta donde está documentado) son evidentemente todas de las décadas posteriores al año 2000. Por tanto, expresan vívidamente lo que la gente hoy recuerda de diversas etapas de su vida. Pero Hoyer evita un análisis crítico de las fuentes de este material y tampoco ha hecho uso de los principios básicos del trabajo de historia oral de vida. Así, ignora por ejemplo el tratamiento narrativo de las experiencias negativas tras el final de la RDA y la evidente función exculpatoria de los relatos en primera persona de antiguos oficiales del Ministerio para la Seguridad del Estado (MfS) y del Ejército Popular Nacional (NVA).

Utilizar únicamente fuentes retrospectivas y no reunir las con documentos contemporáneos en primera persona y otros géneros de fuentes debe calificarse de falta considerable de oficio. Por citar un ejemplo: la autora toma de un volumen publicado por “Bild und Heimat” la historia de la empleada de una fábrica de muebles Erika Krüger, “orgullosa miembro” de su brigada, que vivió “despreocupadamente” su “cada vez más cómoda” vida cotidiana en los años setenta y ochenta (pp. 409-410). En su primer viaje al Oeste, en Oldenburg, en 1988, se sorprendió al ver comida tirada en los cubos de basura de un supermercado. Puede que fuera así, pero hay que contraponerlo a las numerosas descripciones contemporáneas, casi eufóricas, de la “experiencia occidental” tras la oleada de viajes de cientos de miles de residentes de la RDA a raíz de la visita de Honecker a Bonn en 1987. En cambio, para Katja Hoyer, no solo la empatía, sino incluso una especie de identificación fusionada con sus protagonistas constituye el núcleo de su posición narrativa. Esto llega tan lejos que, paradójicamente, solo en muy raras ocasiones presenta citas literales del material utilizado, impidiendo así una interpretación crítica.

Su “colorida” serie de fotografías también es irreflexiva y sugerente, con títulos cortos como “Reconstrucción de Berlín” o “Fiesta del pueblo en Turingia, hacia 1965”, carentes de cualquier tipo de contextualización respecto a la época en que fueron creadas. Predominan los motivos de felicidad: de las 22 fotografías que captan a personas en situaciones cotidianas, 16 muestran rostros sonrientes o satisfechos. Incluso la “Guardia fronteriza, años 80” – es decir, la amenaza de matar a las personas que quisieran abandonar la RDA – se ilustra con una foto en color de un soldado con traje de camuflaje, radio y pistola ametralladora discretamente oculta fumando su cigarrillo en el puesto fronterizo.

La ambición de comprender la sociedad de la RDA desde su centro, y no sólo recorrer las crestas de la historia política o buscar las minorías resistentes, es una preocupación justificada y necesaria, de la que se han ocupado intensamente numerosos investigadores. Pero Hoyer ignora todos sus conceptos y conclusiones empíricas. En su lugar, afirma que las “heridas de la separación” aún estaban demasiado frescas para analizarlas después de 1990 (p. 23).

Su tesis es que la mayoría de los alemanes que vivían en el territorio de la RDA se convirtieron inicialmente en peones de potencias externas (Hitler, Stalin, “los americanos”, Ulbricht, la Stasi). Esta narrativa recuerda fatalmente a las narrativas victimistas de la joven República Federal, cuando la guerra de “Hitler”, los bombardeos aliados, el hambre de la posguerra y la expulsión del Este dominaban la imagen de sí mismos. Sin embargo, la mayoría de la RDA se volcó entonces en la construcción de una nueva sociedad, no principalmente por convicción política, pero sí con cierta simpatía obstinadamente apolítica:

En contraste con muchos relatos posteriores, el estado de ánimo predominante entre la población de Alemania Oriental no se caracterizaba por el rechazo del sistema de Ulbricht y la envidia del de Adenauer, sino por el alivio e incluso el entusiasmo. La gran mayoría de los que vivieron en la RDA en la década de 1950 recordaban los años de la guerra, la expulsión de Europa del Este, los ataques aéreos, las violaciones, el caos y el encarcelamiento como experiencias terribles que contrastaban fuertemente con el espíritu de optimismo de finales de la década de 1940 y principios de la de 1950. (p. 219)

Abordar el centro de una sociedad dictatorial es una tarea metodológicamente exigente, ya que no existen criterios para evaluar las relaciones entre mayorías y minorías como los resultados electorales o la observación continua de la sociedad por parte de los medios de comunicación, las encuestas de opinión o los análisis de las ciencias sociales. El concepto rector de las observaciones de Hoyer es la “sociedad sin clases” supuestamente implantada por Ulbricht. Aunque un “líder más carismático” (p. 221) con un programa socialdemócrata podría haber procedido con más habilidad, según la autora, esto no habría cambiado la situación económica de la RDA antes de la construcción del Muro y la perspectiva de “poco lujo” (p. 222):

Por definición, una sociedad sin clases impide un nivel de vida superior a la media. Los perdedores son siempre las clases media y alta, independientemente de que prevalezcan la censura y la opresión o la libertad y la moderación. El hecho de que una Alemania diferente estuviera a un corto trayecto en coche o, en Berlín, a un corto paseo, habría sido un gran atractivo para los trabajadores cualificados, los académicos, los intelectuales y otras personas con ingresos superiores a la media. Esto habría provocado un éxodo de mano de obra cualificada que quizá no hubiera sido tan drástico, pero que a largo plazo habría sido igual de devastador para la estancada economía de la RDA. (p. 222)

Al recordar el giro de Honecker hacia la “unidad de la política económica y social” a partir de 1971, lleva este argumento aún más lejos:

La transformación de la sociedad bajo Ulbricht, que también incluyó una movilidad social sin precedentes, formaba parte de una visión a largo plazo de una sociedad sin clases en la que las personas situadas en el extremo superior del espectro económico renunciaran voluntariamente al lujo para evitar una gran pobreza en el extremo inferior. [...] Honecker, por su parte, interpretó los deseos materiales como un elemento central de la insatisfacción y se esforzó por satisfacerlos en forma de occidentalización parcial. Al adquirir camiones cargados de vaqueros americanos o permitir que los ciudadanos compraran detergente de Occidente en la Intershop, se despertaba el deseo de más y se intensificaba la percepción de la RDA como una imitación a medias de Occidente – o peor aún: como un espectador envidioso. (p. 417)

En una adopción involuntaria del lenguaje paternalista del SED, acusa a Honecker de sembrar “dudas en la mente de la gente”: “faltaba una orientación clara” (p. 417). El papel del “Occidente imaginario” (Alexei Yurchak), como en los casos del entusiasmo bien documentado de “muchos”

ciudadanos de la RDA (por retomar uno de los términos favoritos de Hoyer) por Willy Brandt como faro de esperanza para superar las restricciones de contacto hacia Alemania Occidental, o de la “observación participativa” nocturna a través de la televisión de la vida al otro lado de la frontera no se tratan como realidades sociales ampliamente ancladas a las que el “gobierno como práctica social” (Lüdtke/Lindenberger) de Honecker tuviera que enfrentarse. En su lugar, “Occidente” funciona como una seductora distracción de la modesta felicidad.

Hoyer construye un “centro” social de la sociedad de la RDA, cuyos súbditos apenas tenían deseos con carga política desde los años 60, como la libertad de circulación o la búsqueda de perspectivas de futuro materiales e inmateriales para sí mismos y sus descendientes. Partiendo de su teorema de la “sociedad sin clases”, Hoyer considera a la amplia mayoría de la población de la RDA como un grupo esencialmente homogéneo que no reconoce la distinción entre las “clases de servicio” (Heike Solga) definidas sociopolíticamente y la clase obrera. Ignora la tendencia bien documentada de los miembros de la élite funcional socialista a bloquear los canales de ascenso elogiados repetidamente por Hoyer en favor de sus descendientes. El discurso generalizado sobre los “privilegios” legítimos o ilegítimos de los funcionarios del partido y de los cuadros itinerantes de todas las tendencias tampoco tiene cabida en su imagen de la RDA. Su “centro” abarca así desde los funcionarios del MfS hasta los funcionarios económicos de nivel medio y las obreras de las fábricas, sin lugar para los grupos notoriamente empujados a los márgenes de la sociedad obrera. Por ejemplo, se busca en vano la voz de los ancianos (en su mayoría mujeres) que tuvieron que vivir sus últimos años con la exigua pensión mínima.

Hoyer sigue este (mal)diagnóstico sociohistórico con un panorama de actitudes rico en tradiciones de la historia social y mental alemana. Basándose en las opiniones retrospectivas de sus protagonistas, Hoyer describe la mentalidad de la sociedad mayoritaria como esencialmente apolítica. Ignora el efecto masivo de las lealtades políticas sobre el ascenso personal y las oportunidades vitales, la presión para denunciar ante los líderes del partido, los funcionarios de la Juventud Libre Alemana (FDJ) o la policía secreta, y se queda así muy por detrás de nuestro conocimiento de la naturaleza ambivalente de la vida cotidiana en la RDA, como se describe vívidamente incluso en las retrospectivas de Wolfgang Engler (*et al.*, 2018), al que no se le sospecha ninguna “historiografía de la victoria”, por no hablar de las publicaciones de Stefan Wolle (2016) o Ilko-Sascha Kowalczyk (2013, especialmente el capítulo sobre los delatores).

Además de la mentalidad de vida “apolítica” bajo la dictadura, hay un segundo componente familiar en la narrativa de Hoyer: la felicidad de la “comunidad”. Los soldados y policías del nuevo Estado habían buscado una “sólida estructura de pertenencia y comunidad”, “en contraste con lo que percibían como el consumo vacío de Occidente” (p. 195). Al cambiar las “camisas pardas de las Juventudes Hitlerianas por las camisas azules de la FDJ [...] la gente anhelaba el sentimiento de comunidad que les ofrecía el sistema socialista” (p. 220), dice para los años cincuenta, por ejemplo.

Allí donde Hoyer aboga por la empatía con las “comunidades” (¿étnicas?, ¿humanas?), también sigue su tendencia a la marginación. Le gustan poco el desorden y la agitación. Así, en su largo relato del 17 de junio de 1953, finalmente interrumpe: “Lo que había comenzado como una expresión de la frustración de la clase obrera terminó en un caos impío, acompañado de incendios provocados, saqueos y vandalismo” (p. 178). Caracteriza la Primavera de Praga de 1968 – sin entrar en el florecimiento real de la vida política y cultural en la URSS – de forma históricamente incorrecta como “manifestaciones, huelgas y disturbios a gran escala”, mientras que Ulbricht tenía una “Alemania Oriental relativamente estable” (p. 315). Y con respecto al cantautor Wolf Biermann, afirma sugestivamente que él (al igual que el pastor Oskar Brüsewitz, que se quitó la vida autoinmolándose en 1976 en protesta contra la dictadura) “llegó a la RDA por voluntad propia desde Occidente”, tenía un “pasado difícil” y estaba “mentalmente algo agobiado”. Había supuesto ingenuamente que podría “mejorar el país” y llegar a un “público más amplio” (todo p. 375). Aparte de que Hoyer pasa por alto la aparición de un entorno de jóvenes que querían entablar un diálogo polémico y ser tomados en serio, y que encontraron un espacio para hacerlo principalmente en las congregaciones eclesíásticas, tales construcciones para la exclusión narrativa de los “excéntricos” dejan sin aliento a la oposición.

Esto también se aplica al capítulo de Hoyer sobre la mano de obra inmigrante de los países del Sur Global. Hoyer sostiene que, a pesar de normativas como la que obliga a las mujeres a abandonar el país inmediatamente (o a abortar) en caso de embarazo, la “crítica feroz y unilateral” de la investigación sobre el racismo es “inapropiada y francamente absurda” (p. 391). Los incidentes racistas son subsumidos por ella como “malentendidos” (p. 387) en fiestas públicas. Aquí, como en muchos otros lugares, Hoyer atribuye erróneamente la investigación sobre los aspectos negativos de la felicidad de la comunalidad a los “historiadores occidentales” en su búsqueda de los aspectos más negativos de la vida en la RDA (p. 391).

Sin embargo, siguiendo su narrativa, a Katja Hoyer le resulta difícil explicar históricamente los “disturbios” de 1989 (por utilizar su lenguaje), es decir, el levantamiento democrático contra la dictadura del SED. Por ello, los últimos capítulos son decididamente contradictorios. Para finales de los 70, afirma que la generación que creció en la RDA se había “instalado cómodamente y con cierta pereza” (p. 415). Para mediados de los 80, llega a la conclusión de que “la mayoría de los alemanes orientales” se habían adaptado al sistema, aunque “[p]ara muchos [...] la vida se había vuelto demasiado burguesa o demasiado provinciana”. “Muchos” habían caído en un “cómodo pero desesperanzado letargo” (todas las citas p. 473). Para los años siguientes, señala: “Aunque en 1988 la mayoría de los alemanes orientales no querían la abolición del Estado ni soñaban con una pronta reunificación con Occidente, existía una expectativa palpable de que la RDA tendría que modernizar sus políticas”. Y con respecto a la política de reforma soviética, que fue rechazada por los dirigentes del Estado alemán oriental, sigue poco después: “La RDA era una sociedad muy culta, muy cualificada y muy politizada que estaba segura de sí misma y orgullosa de sus logros y quería seguir desarrollándose” (p. 488).

No se puede desarrollar un argumento coherente a partir de juicios tan nebulosos. Atrás desaparecen factores centrales como el creciente movimiento de emigración, el descontento reprimido por la maltrecha economía y sus cuellos de botella en el abastecimiento, el malestar cada vez más agudamente formulado y, finalmente, la movilización para protestar en las calles. Esta sección culmina de forma tan coherente como paradójica con la descripción de la visita de su familia a la torre de televisión de Berlín Este el día del cumpleaños de la República, el 7 de octubre de 1989. Ante el “caos en miniatura” de los manifestantes alrededor del Palacio de la República, visto desde arriba, que eran dispersados por policías aporreadores, su padre, oficial de carrera de las fuerzas aéreas en Strausberg, llevó rápidamente a la familia a casa para ponerla a salvo: “Como la mayoría de los alemanes orientales, no sentía ningún impulso de participar en las manifestaciones de Berlín” (p. 503). Y así, la RDA de Hoyer pareció desintegrarse por sí sola. En las páginas que siguen, no puede ignorar las manifestaciones masivas, el éxodo tras la apertura de la frontera y, finalmente, los resultados electorales del 18 de marzo de 1990. Pero no ofrece una línea analítica, ningún tipo de investigación sobre las causas de estos – de hecho, desde su perspectiva, completamente inexplicables – giros de los acontecimientos.

Entonces, ¿qué queda? Cuando un libro atrae tal éxito de ventas y la atención de los medios de comunicación, sin duda es necesario examinarlo más de cerca. Esto es lo que se ha hecho aquí: historiográficamente, el libro de Hoyer es irrelevante y representa un claro paso atrás en cuanto a metodología y conclusiones analíticas. Quizás habría sido más honesto identificarlo claramente como una lectura subjetiva de una representante de la “Tercera Generación del Este” que se esfuerza por apropiarse de las vidas de la generación de sus padres. Sin embargo, incluso en ese caso, se puede criticar a la autora por no adoptar en primer lugar nada parecido a una distancia comprensiva, sino limitarse a producir una nueva forma de revisionismo histórico. Con este espíritu, concluye aconsejando a los nacidos más tarde que “se sacudan la obsesión alemana de reconciliarse con el pasado” (p. 538).

## Bibliografía

- Ahrberg, Edda, Tobias Hollitzer y Hans-Hermann Hertle, ed. (2004): *Die Toten des Volksaufstandes vom 17. Juni 1953*, Münster, Lit.
- Engler, Wolfgang y Jana Hensel (2018): *Wer wir sind. Die Erfahrung, ostdeutsch zu sein*, Berlin: Aufbau.

- Hoyer, Katja (2023): *Diesseits der Mauer. Eine neue Geschichte der DDR 1949-1990* [A este lado del Muro. Una nueva historia de la RDA 1949-1990], Hamburg, Hoffmann und Campe.
- Kowalczyk, Ilko-Sascha (2013): *Stasi konkret. Überwachung und Repression in der DDR*, München, Beck.
- Kuschel, Franziska (2023): „Einseitig, grotesk verkürzt, faktische Fehler – dieses DDR-Buch ist ein Ärgernis“, *Der Spiegel* 20. Disponible en: <https://www.spiegel.de/geschichte/katja-hoyer-debatte-ueber-alltag-in-der-ddr-sie-wollte-den-farbfilm-nicht-vergessen-a-136b1d5f-8ce6-4ffc-8379-5f3e3abf5312> [Último acceso 15 enero 2023]
- Republik (2020): *Republik der Werktätigen. Alltag in den Betrieben der DDR* [La república de los obreros. Vida cotidiana en las empresas de la RDA], Berlin, Bild und Heimat Verlag.
- Scholz, Michael F. (200): „Die DDR 1949–1990“, en *Gebhardt Handbuch der deutschen Geschichte*, volume 22, Stuttgart, Klett-Cotta, pp. 223–554.
- Wolle, Stefan (2013): *Die heile Welt der Diktatur. Alltag und Herrschaft in der DDR 1949-1989*, Berlin, Ch. Links (serie „Die große Trilogie zur DDR-Geschichte“).
- Wolter, Heike (2009): *„Ich harre aus im Land und geh, ihm fremd“. Die Geschichte des Tourismus in der DDR*, Frankfurt/Main, Campus.